
Resistencias, estéticas y políticas: crónicas de un estallido

Héctor Rolando Chaparro Hurtado ¹
Claudia Maritza Guzmán Ariza ²
Daniel Felipe Zambrano Susatama ³

Recibido el 06/07/2024
Aprobado el 15/10/2024

Cómo citar este artículo:
Chaparro-Hurtado, H. R., Guzmán-Ariza, C. M., & Zambrano-Susatama, D. F. (2024). Resistencias, estéticas y políticas: crónicas de un estallido. *Trans-Pasando Fronteras*, (21). <https://doi.org/10.18046/retf.i21.6250>

-
1. Comunicador social y periodista. Magister en Sociedad de la Información y el Conocimiento. Doctor en Estudios Sociales de América Latina. Profesor Universidad de los Llanos. rchaparro@unillanos.edu.co
 2. Licenciada en Educación Física y Deportes. Magistra en Educación. Candidata a doctora en Estudios Sociales de América Latina. Profesora Universidad de los Llanos. cguzman@unillanos.edu.co
 3. Licenciado en Educación Física y Deportes. Estudiante Maestría en Estudios Culturales. Daniel.zambrano.sustama@unillanos.edu.co.

País

*Decir país es decir pago
esto es, barro y mugre,
sangre en las uñas
incertidumbres
olores ajenos y pausas permanentes.
Decir país quisiera decir tengo una casa,
un lugarcito en el que alguien me observa
con algo de ternura,
con secreta misericordia.
Decir eso que puede ser país
imagina
las muchas formas de una algarabía:
una música que nadie explica,
un estruendo, un relámpago
en el que las visitas son posibles.
HRCH*

Resumen

El manuscrito surge del proyecto de investigación titulado “Honrar la vida: estética, cuerpo y comunicación en manifestaciones de resistencia”, financiado por la Universidad de los Llanos en convocatoria institucional, cuyo objetivo se centró en comprender las prácticas y discursos de resistencia en el marco de la protesta social en Colombia (2019-2021) como manifestaciones corporales y estéticas desde el campo cultural.

En este sentido, y a partir del trabajo etnográfico desarrollado en 4 ciudades colombianas durante el denominado estallido social del año 2021, se realizó una radiografía de las tensiones y resistencias que se dieron en algunos puntos clave de estas ciudades como (Puerto resistencia-Cali, Loma de la cruz-Cali, Portal de la resistencia-Bogotá, “Usmekistan”-Bogotá, Barriadas populares-Cartagena), que marcaron no solo la memoria colectiva de un país, sino también, en los cuerpos de quienes estaban principalmente al frente de todos los procesos de movilización. En los cuales se reconoce que para los jóvenes la estética, el arte y lo sensible ocupan lugares de privilegio en la realidad social y política, lo que significa realmente que a partir de la estética podemos también afrontar los hechos que afectan nuestra existencia: constatar que actuamos según intereses estéticos y no sólo éticos. La estética es, en sus palabras, pensamiento del *sensorium*.

Si las vinculamos al concepto de resistencia, se interpretan una variedad de acciones y comportamientos (que incluyen, por supuesto, la inacción o el silencio) con las cuales podemos analizar desde revoluciones hasta movimientos sociales, los usos sociales del cuerpo (sus mutaciones, sus representaciones, sus desgarramientos) como formas de resistencia cultural, prácticas de resistir(se) que pueden practicarse en el lenguaje, en el habla, en la ocupación de los espacios, en los procedimientos meramente simbólicos o en las relaciones institucionales.

Palabras clave: cuerpo, resistencia, arte, política

Abstract

The manuscript arises from the research project entitled “Honoring life: aesthetics, body and communication in manifestations of resistance”, financed by the University of Los Llanos in an institutional call, whose objective focused on understanding the practices and discourses of resistance in the framework of social protest in Colombia (2019-2021) as corporal and aesthetic manifestations from the cultural field.

In this sense, and based on ethnographic work in 4 Colombian cities during the so-called social outbreak of the year 2021, it is recognized that for young people aesthetics, art and the sensitive occupy privileged places in social and political reality, which means really that from aesthetics we can also face the facts that affect our existence: verify that we act according to aesthetic interests and not only ethical ones. Aesthetics is, in his words, thinking of the sensorium.

If we link them to the concept of resistance, a variety of actions and behaviors are interpreted (which include, of course, inaction or silence) with which we can analyze, from revolutions to social movements, the social uses of the body (its mutations, its representations, their tears) as forms of cultural resistance, practices of resisting that can be practiced in language, in speech, in the occupation of spaces, in merely symbolic procedures or in institutional relations.

Keywords: body, resistance, art, politics

Introducción

Los encuentros conceptuales entre arte y resistencia han venido cobrando interés tanto en las ciencias sociales como en los estudios artísticos y culturales (o sobre la cultura) a partir de la segunda mitad del siglo XX, surgida de manera especial por la polémica propuesta por Walter Benjamín (1989) sobre la reproducción técnica del arte, el fin de la esfera aurática y el potencial social transformador y político del arte, en especial el cine, para consolidar la idea de un público espectador antes ensombrecido por la magnificencia de la obra y dominado por el discurso ilustrado que definía (y aún lo hace) lo que podía o no reconocerse como artístico y que, a juicio del autor berlinés, implicaba la sujeción del espectador al discurso experto burgués o a la presencia imponente de la obra.

Contrariamente, al ideal esteticista, con la irrupción de este nuevo *sensorium* el público pasivo se convierte en sujeto activo, con posibilidad de apropiación crítica, pero no por ello necesariamente capaz de hacerse totalmente de la obra. Aquí la distancia, el distanciamiento, será siempre percibido por el espectador incluso si tuviere la obra entre sus manos: una distancia que permanece. Una exterioridad, una otredad imposible de incorporar o encarnar: esa lejanía que el aura implica. Hacemos referencia a esos desplazamientos operados en la estética y en las formas de percibir del sujeto moderno que implican tanto el reconocimiento de las reconfiguraciones sucedidas en el plano de lo social, lo económico o lo político. Por ejemplo, pero también por las fracturas que el modo de vida capitalista urbano irá sembrando en la sensibilidad y la subjetividad moderna y contemporánea como producto del modelo productivo industrial.

Este cambio en el *sensorium*, que verifica también un cambio de época, se puede sentir en los recorridos humanos en la urbe moderna (con sus lógicas apropiadas para la mercancía, sus divisiones espaciales y simbólicas, sus trazos, sus rutinas y sus recorridos), en los escaparates de las tiendas dedicadas a labores comerciales, en el vestuario masculino y femenino, en el significado de los espacios ciudadanos, en la arquitectura urbana. Pero también es muy notorio en los paisajes sonoros cotidianos, en las dialécticas de la mirada, en las discusiones familiares, en las formas narrativas, en la fotografía, la apreciación artística o la percepción que tenemos sobre la naturaleza.

Este primer debate sobre la politización del arte y su contraparte, la estetización de la política (que en la Alemania fascista se enorgullecía de sus blasones, su iconografía, sus rituales y sus desfiles), ha alimentado desde entonces una discusión sobre dos fenómenos antes difícilmente entrañables: el arte y la política, y a partir del cual queremos insistir: ¿la política y la resistencia (como una forma de acción política) se sirven del arte para alcanzar sus propósitos de movilización y transformación?, o bien, ¿cuál es la densidad política del arte y de la estética?

Al tenor de esta discusión, el filósofo francés Jacques Rancière (2000), en *El reparto de lo sensible*, nos recuerda que el trabajo del artista, en especial del artesano, no es aquella labor mágica e incomprensible en la que los hados tocan la sensibilidad del artista. En el arte, en el artesanado, hay reflexión en la acción, hay un pensar permanente y no un aislamiento metafísico que separa arte y mundo. Una idea que nos recuerda que la praxis artística contiene su forma de acción y que el mundo es en sí un hecho estético. Quizás lo que ha hecho falta para poner en común eso que nos es extraño, o que nos han extrañado, sea un signo (para emplear la alusión deleuzeana), un “algo” en común que evite la imposición que viene luego de la explicación experta: quizás se trate de una ignorancia compartida. Lo anterior, porque al eludir la imposición de quien explica se ofrece mayor posibilidad de emancipación de quien aprende, ya sea el ignorante público o el espectador conmovido por la magnificencia de la obra.

Pero he aquí que en el pensamiento de Rancière el espectador no es pasivo, pues complementa, amplía y dialoga con la obra, con la que disputa su significado. Y es que incluso los obreros y las masas enajenadas de la estética, por la estética, abandonadas de toda suerte de lo bello, también interpelan su identidad y su palabra.

Por ello Rancière invita a des-encajar, a des-colocar, re-componer lo que se ensambló pomposamente como estética, como arte, en la modernidad burguesa y a su vez propone reconocer que la estética se encuentra vinculada íntimamente con la realidad y, de allí, con las esferas de lo político y lo ético. No se trata, así las cosas, de una especificidad regida por el mundo del arte, sino que forma parte de aquellos aspectos que orientan a la sociedad y que definen su sensorium particular. Así las cosas, estética, política, realidad y sociedad constituyen una armazón consolidada y no un conjunto de mecanismos aislados e independientes con los que podemos confirmar tanto las posibilidades del arte como vector de transformación, propósito fundamental de este ejercicio de investigación, que se sostiene en el reconocimiento de una forma de política sustentada en la comunicación y la divergencia, en el ir y venir fluido de la palabra y el cuerpo que garantiza poner la voz, en la toma de distancia de los interlocutores como garantía de construcción democrática de sentido y no como autocracia o autoritarismo unilateral, como dogma signifiante: “La política comienza precisamente allí donde dejan de equilibrarse pérdidas y ganancias, donde la tarea consiste en repartir las partes de lo común”, según Rancière (2009: 12).

La sensibilidad, en otras palabras, significa comunión entre estética y política, vínculo entre las formas artísticas, su reflexión y la realidad social cotidiana. Acá se encuentra buena parte de este esfuerzo intelectual, a saber, insistir en que la estética más que una disciplina filosófica cuyo encargo consiste en la reflexión superior sobre el arte, sus propósitos y alcances, implica una muy estrecha vinculación con la realidad y —consecuentemente— con lo social, lo político y lo ético, “que forma parte del conjunto de aspectos que rigen toda sociedad y afectan el *sensorium*” (Arcos Palma, 2009: 140).

Por esta razón consideramos que, para sustentar el anhelo de buscar sociedades menos desiguales, más justas, y modos de vida individual y colectivamente más igualitarios, se hace necesario avanzar en la problematización sobre la politicidad del arte, las relaciones entre arte y transformación social, sobre el papel emancipador de la creación artística y las diferentes formas de “artivismo” presentadas en lo que se denominó el “estallido social” en Colombia, desarrollado entre 2019 y 2021 en Colombia, a partir de los procesos de movilización ciudadana contra el gobierno de Iván Duque y sus medidas sociales y económicas, que incluían demandas a favor de la democratización de la educación y de mejoramiento de la salud, privatizada años atrás por gobiernos neoliberales de derecha.

Así las cosas, partimos de la comprensión de las prácticas artísticas, siguiendo las referencias desarrolladas con anterioridad, como formas creativas de acción política y como la puesta en escena de una motivación política que va más allá de los límites que se han impuesto al arte como producto estético, lo que —nuevamente— nos permite encontrar los vínculos entre las esferas del arte y de la vida y la sociedad.

Los productos y actividades que los jóvenes emplearon durante el estallido social (que incluían creaciones musicales, performances, grafitis, *bodypainting*, conciertos públicos, muralismo, entre otras formas de creación artística) constituyeron auténticos lugares de enunciación y formas discursivas que, sin duda, ofrecen información sobre la vida política de la época y, a su vez, reconocen la posibilidad de construir discursos políticos de una forma concreta. Estos discursos dan cuenta de estos procesos de movilización en los cuales el arte constituye un baluarte a favor de la movilización social. Es un elemento de resistencia, un potencial transformador y un elemento que posibilita la resignificación de la realidad en el sentido de que reconoce la potencia creativa del arte y de la política ligada al contenido de sus expresiones, ya sea de forma deliberativa o confrontativa, o en su potencial de denuncia de condiciones estructurales de opresión y desigualdad.

Poder, cuerpos, resistencias

Para efectos del desarrollo del proyecto de investigación “Honrar la vida: estética, cuerpo y comunicación en manifestaciones de resistencia”, financiado institucionalmente por la Dirección General de Investigaciones de la Universidad de los Llanos (Colombia), se realizaron entrevistas en las ciudades de Cartagena, Cali, Bogotá y Villavicencio con jóvenes protagonistas del denominado estallido social que se desarrolló en Colombia durante 2021, y que contó como motivación principal una serie de manifestaciones multifactoriales frente al proyecto de reforma tributaria propuesto por el gobierno nacional. Presentado como una gran movilización nacional de diferentes sectores sociales, en especial jóvenes, el estallido significó no sólo un revelamiento

de las necesidades sociales expuestas por los diferentes grupos que allí se manifestaron, sino el encuentro de diferentes modos de participar y de movilizar expectativas.

Acercarse a las motivaciones juveniles implicó, por supuesto, reconocer sus necesidades y reclamos frente a las decisiones políticas asumidas por el gobierno, decisiones que para el caso de jóvenes provenientes de estratos populares a quienes las deudas del pasado no se han acercado a sus oportunidades sociales concretas, llevaron a emplear las calles, las redes sociales, los espacios de encuentro, los muros y los cuerpos para manifestar su descontento y llamar la atención de la sociedad frente a su situación concreta.

Los posts y contenidos analizados fueron publicados durante la movilización social y coinciden claramente con las fechas en que mayor auge se presentaron las actividades de protesta. Redes, páginas y portales objeto de estudio obtuvieron importantes cifras de seguidores, menciones y tópicos compartidos, a través de las redes sociales e informativas más conocidas: Facebook, Twitter, Instagram, YouTube, que ofrecieron metodológicamente diversas opciones para registrar y analizar no sólo los contenidos sino las interacciones producidas, los tiempos de respuesta, su relación con los contextos, las dinámicas de los usuarios, así como permitieron reconocer la gran variedad de formatos en los que se hizo visible la movilización en términos estéticos: imagen fija, imagen en movimiento, audios, actividades performáticas, foros de discusión, conciertos, arengas y estribillos creados de manera original como soporte a la manifestación pública de descontento hicieron parte del menú que el equipo de investigación pudo registrar, analizar e interpretar según matrices analíticas relacionadas con los formatos.

De este modo las plataformas digitales permitieron ser un recurso de denuncia permanente de manera inmediata en medio de un aparente control y silenciamiento de las movilizaciones, y a su vez se configuraron como un lugar de dar palabra a los relatos, las memorias, la experiencia, de otras maneras que permitieran un mayor alcance en la sociedad, siendo el espacio digital tal vez el único más cercano de apropiación por parte de las juventudes en su ejercicio político de visibilizarse en el escenario social.

Recursos como el correo electrónico, las páginas personales, la mensajería instantánea, los foros, las redes sociales, las wikis, los weblogs, así como experiencias comunicacionales a través de videollamadas, entre otros espacios analizados, permitieron la emergencia de experiencias mediacionales poco antes vistas. En la misma medida en que posibilitaron la conformación de comunidades virtuales y de redes de colaboración exentas de presencialidad física, pero no por ello igualmente activas, seguidas para la ejecución del trabajo de investigación a través de un ejercicio de etnografía virtual (Hine, 2004). Permitiendo explorar y comprender interrelaciones complejas, significaciones, recursos, negociaciones y formas de construir sentidos que llevan adelante las personas (en este caso los jóvenes) en —y sobre— Internet.

En estas conversaciones, en estas observaciones, en estos encuentros, se hizo evidente que las manifestaciones tenían como matriz originaria reconocer diferentes momentos y formas de resistencia ajustados a las expectativas de quienes se movilizan: temporalidades que han tenido diferentes interpretaciones y que permiten reconocer la resistencia como una capacidad más, un derecho más, que se ve interpelada por formas sistemáticas de marginalización y vulneración:

“Yo siento que ese término (resistencia) ha tenido varios cambios, yo empecé más sobre el derecho a ser reconocidos, a ser vistos, a decidir cómo quiero ser representado. Con las poblaciones del sur o con las poblaciones marginales de Bogotá, siempre ha existido unos estereotipos que están visibles, tanto del sur como del norte, y lo que yo creo que pasa con la práctica artística, cuando uno reflexiona sobre la imagen, sobre el cuerpo, es que se adquiere conciencia sobre cómo quieres ser representado y la representación tiene una dimensión política”.

El derecho a ver y ser visto, a la visibilización, a la representación en el espacio social como un derecho y una forma de resistir al silenciamiento, a la marginación, al aislamiento. En el reconocimiento de la persona humana como animal social (Zoom politikon), acaso este reclamo sea paradójico, pero se trata de una confrontación contra unos poderes situados en (algunos) cuerpos y corporalidades juveniles, a los cuales existe la necesidad imperiosa de rechazar y denunciar. Aquí es necesario reconocer una dimensión política —las posturas, modos y formas de pensar y hacer en medio de luchas e inconformidades— en el marco de los reclamos por derechos y justicia social, idea muy distante de la usual narrativa sobre el desinterés de los jóvenes por la participación en la vida pública.

Las prácticas artísticas se conciben, así mismo, como manifestaciones de resistencia que dan cuenta de la realidad de sujetos inconformes con la forma en que son tratados por la sociedad que habitan. Jóvenes ocultados, aislados, sin oportunidades y muchas veces juzgados y vulnerados en sus derechos o su aspecto o su condición social durante sus vidas. El uso de estas prácticas artísticas está relacionado con la idea de que el arte transforma los modos de ver la vida y pone en tela de juicio las acciones sobre los otros. En una búsqueda por otra forma de representación, como forma de rechazo a formas naturalizadas en las relaciones de poder (jerárquicas, verticales, piramidales), con el fin de activar y reactivar lugares subalternos de enunciación y encontrar validación desde allí de sus propias realidades de contexto, de enunciación y de vida.

De esta forma, ante la indignación y la rabia frente a poderes que se han instalado en sus calles, en sus cuerpos, en sus decisiones, las diferentes formas de resistencia a través de prácticas

artísticas, lúdicas y estéticas recuperan el sentido de una suerte de estética de la existencia, en clave foucaultiana: y es que si la ética implica una estética de la existencia que no abandona reconocer la resistencia frente al poder político, el cuidado de sí se impone como un estilo de vida que permite a los sujetos oponerse a los poderes que intentan su dominación.

“Y sí, también peleé mucho con otros discursos que decían muchas cosas sobre los pelados, pero pues ellos no sabían lo que sucedía dentro de las protestas (allá hay un abuso de poder constante), y cada vez que surge alguna protesta la gente se desborda y no se desborda por ayer, se desborda porque llevan 10, 15 años en que les vienen pegando, que agarran a los pelados, les dan bolillo jugando en los parques e inclusive les creaban falsos positivos judiciales”.

Ética, estética y política se conjugan en prácticas artísticas que revelan la rebeldía, la indignación y la denuncia por falta de oportunidades, contra la desigualdad, a favor de la educación gratuita para todos a través de performances en espacios públicos, de encuentros festivos espontáneos, de murales con participación activa de la ciudadanía, de reconfiguración de escenarios ciudadanos (como sucedió emblemáticamente con Puerto Resistencia —antiguamente Puerto Rellena— en la ciudad de Cali), de irrupciones callejeras, de conciertos al aire libre, de danzas y de representaciones casuales, de poemas, flores y colores.

“Creo que empezar a trabajar el cuerpo ya sea en el performance o la danza, que hace es redescubrirse o se aproxime a quien es uno, así sea para después dejarlo, pero por lo menos sí le permite hacer un camino de conocerse un poco, conocer cómo la corporalidad que uno es, es el resultado de lo colectivo”.

Movimientos y sujetos que, desde la indignación, el desencanto y la rabia manifiestan de manera enfática su legítimo derecho a una vida distinta, a una vida digna de ser vivida, a la mejor versión de sí mismos que el Estado, la educación y la sociedad en parte les ha limitado. Se trata de la posibilidad de resistir, movilizarse y vivir sin obligaciones y permisos. Vidas en las que el mundo es también una posibilidad narrativa digna de contar con la voz, en la calle, con la celebración, con el cuerpo, en relatos que a partir de ahora integran nuestra historia y nuestra cultura. Se trata de voces que se indignan, que se resisten, que se revelan y rebelan y que propenden por propuestas más simétricas, menos injustas, más libres formas de habitar el mundo, de vivir en el país.

“Es un agotamiento, donde (sic) cada vez que la gente protesta sale con mucha adrenalina, y tampoco es juzgarlos porque hay un desbordamiento de lo que sienten. Tampoco sin llegarles a dar un sermón sino que posibilitarles otras alternativas pero sin juzgarlos, preguntarles ¿tú cómo estás, qué te pasó en tu cuerpo? (...) Siento que hay esa relación política, la persona que se apropia de su propio proyecto de vida, de intentar construir un proyecto de lugar, de barrio, ahí tiene una dimensión política y que el arte propicia, potencia o posibilita esa reflexión, esa apropiación”.

Y en los intersticios de las movilizaciones durante el estallido, en la “democracia en la calle”, sujetos jóvenes con cuerpos físicos, sexuados y emotivos en los que se define la experiencia — del *self*, del cuidado de sí y del otro, del cuerpo en el juego, en la familia, en el consumo, en la defensa del medio ambiente, en el hambre. Cuerpos del estar juntos, de los (des)encuentros, de las resistencias (máscaras que parodian a los odiosos adversarios: el ESMAD, Iván Duque, el Congreso, la falta de oportunidades), para las políticas de la identidad o que incomodan el establecimiento con su diversidad y bullanguera altanería enquistada en territorios concretos, en la barriada, en la intimidad de la esquina, en los espacios conocidos siempre: ya se sabe, desde los 70, “quién no conoce el lugar y no lo ama, pues no lo puede transformar”.

La comunicación, los medios, las redes

Poner en común: la recomendación de Jesús Martín Barbero sobre el significado de la comunicación en esta simple descripción, hace que la categoría sea a la vez compleja y atractiva. Esta sugerencia revela su inocultable aporte a los estudios de la comunicación y otros campos de conocimiento, y que lo han hecho acreedor de una labor que durante mucho tiempo reflexionó el papel tanto de los medios de comunicación en los contextos sociales como el papel que sus mediaciones —las de la comunicación y los sistemas informativos—, en cuanto instituciones, opera en la sociedad.

En buena medida con base en el trabajo de Martín Barbero, de sus orientaciones teóricas y metodológicas, este trabajo de investigación suscribe la idea de que los medios informativos no sólo constituyen el ámbito privilegiado para la configuración de la esfera pública -de lo que dice, hace e incluso piensa la ciudadanía-, sino que en ellos se trama una mediación cultural, social y política que constituye nuestra forma de ser y de estar juntos: verdaderos registros de nuestras interacciones y nuestras construcciones narrativas sobre el mundo.

En este punto es necesario prevenir acerca de los riesgos del determinismo tecnológico en materia comunicativa y su visión integrada de la tecnología: y es que si bien las redes sociales, por ejemplo, se presentan como escenarios para contrapuntar la información oficial, también funcionan como altoparlantes para el estilo de vida propuesto por el capitalismo tardío, por la moral individualista y por las variaciones del panoptismo que han sido últimamente denunciadas por teóricos sociales y de la comunicación. No hay que olvidar que las redes las construyen los sujetos, y allí se encuentran en juego sensibilidades, formas de ser, con valores propios hacia los cuales también se alinean una multiplicidad de orientaciones. Pero también es necesario señalar que los movimientos analizados y sus canales expresivos combinan los medios convencionales (la gran prensa incluso, frente a la cual presentan dudas e incluso rechazos enfáticos) con medios sociales alternativos, lo que garantiza mayor alcance para la difusión viral de sus propósitos.

En otras palabras, se trata de reconocer que la comunicación no se detiene en las hegemonías discursivas, sino que constituye un patrimonio ciudadano que debe sostenerse, hacerse plural, ampliarse, con el fin de garantizar la democracia, y por ello la ciudadanía (joven en su mayoría) que se expresó durante las jornadas de movilización de 2021 emplearon un disímil repertorio de métodos con los cuales presentar sus reclamos, sus frustraciones, sus deseos.

Prácticas comunicativas que se despliegan no sólo en medios alternativos (blogs, videoblogs, canales de YouTube, podcast, fotografías, videos, conciertos, murales, graffitis) sino en debates callejeros, en aulas populares, foros de opinión, discusiones familiares. Lugares de encuentro con apuestas comunes, con ideales colectivos:

“Por vivir en un país con menos violencia, donde la justicia sea real y no solo se quede en el papel, podamos tener información verídica sin líneas impuestas desde las cúpulas, donde cada ciudadano al nacer tenga las mismas posibilidades de desarrollarse como ser humano, donde seamos responsables y cuidemos nuestro medio ambiente, donde exista el respeto entre los ciudadanos. Lucho por tener un campo fértil donde desarrollarme como ciudadano y como persona”.

Espacios públicos territorializados, reterritorializados, atravesados por sentires en espacios geográficos que se alteran y se modifican. Los escenarios de frontera convertidos ahora, en virtud del deseo colectivo, en puntos de convocatoria (Puerto Resistencia en Cali, Portal de las Américas y “Usmekistán” en Bogotá, Barrio Llanolindo en Villavicencio, las barriadas populares en Cartagena) que se establecen como trincheras contra las necesidades, en estrategias frente a los abandonos (los familiares, los estatales, los afectivos), en alternativas a la marginalidad y el

personalismo de las sociedades contemporáneas, centradas en el aislamiento y el consumo:

“Después el cuerpo le hace uno caer en cuenta que lo que termina generando el vínculo con los otros son las prácticas a veces más sencillas: caminar con el otro, comer con el otro, hablar, escuchar, que va en contra de la idea o la tendencia tan fuerte de la individualidad. Ahorita todos los discursos son “ámate a ti mismo”, hay una ilusión de hacerse solo, pero uno no es colectividad”.

Espacios de denuncia frente a las atrocidades de una guerra que en Colombia se ha parapetado desde hace más de 60 años, frente a las consecuencias del hambre y la falta de oportunidades, en espacios que se resignifican, que adquieren otro sentido, en los que se visibiliza lo que ha sido oculto, que recuperan una memoria que la Historia (así, en mayúscula) ha evadido, con una juventud que pierde el miedo, con una ciudadanía vigorosa que, a pesar de las carencias, reclama su presencia ante tanta ausencia, ante la represión y el miedo.

Aperturas, desafíos, recorridos

Se podrían, a manera de aperturas más que de conclusiones, señalar tres grandes bloques de resultados a partir de la ejecución del proyecto, así:

– La resistencia como manifestación de lo político: la resistencia en este sentido hace parte de las manifestaciones de construcción de lo público, del pòlemos que implica el debate ciudadano y las formas de organización social. Más allá de las manifestaciones de rebeldía y contrapoder que se presentan en las narrativas institucionales, es una posibilidad latente que tienen las juventudes de generar a nivel local formas agenciamiento en sus comunidades.

– El arte y la estética como estrategias políticas. No sólo como “actualización de lo bello”, la estética y el arte abandonan la neutralidad bajo la que han estado referidas en la versión clásica. Se acercan a la politización del arte y de sus actores. Este un ejercicio histórico, con una carga simbólica que no se puede pensar por fuera de los contextos específicos donde se produce, y donde en esa relación entre arte-sujeto se configuran dinámicas subjetivas y situadas políticamente.

– El papel del cuerpo y la comunicación en la movilización social: en el entendido en que, más allá de su materialidad (biológica y fisiológica), el cuerpo adquiere un carácter simbólico, refleja unas condiciones sociales y políticas y cuenta con una historicidad. Por ello que se hace necesario reflexionar al cuerpo en su dimensión *Leib*, dotándolo de signos, sentidos y significados, que

rompen con la reducción del dualismo cartesiano, permitiendo líneas de fuga-fisura que generen nuevos modos de pensar y hacer con el cuerpo.

La potencialidad transformadora del arte reside en esa forma particular en que realiza un trabajo en el mundo, en el que lo resignifica y que lo dota de nuevo sentido, en el que permite otras relaciones, otras formas de producirse y otras formas de ser. Por esto, para el proyecto de investigación reconocer estas potencias implicó revisar la tarea transformadora de la estética y el arte, no ya como exclusividad sino como derecho. Conexiones (la del arte y la política, la de la estética y el cuerpo, la de la comunicación y la resistencia) que se han establecido como una red de complejidades que contactan sus propósitos en expresiones políticas en las que se abordan las expectativas sociales, la información para capturar la audiencia y visibilizar lo que jamás se ha visibilizado. De manera que, las producciones artísticas permitan potenciar formas de organización, de agencia y de intervención sobre el mundo que son en sí mismas transformadoras; en configuraciones que permiten otras formas de sensibilidad, de imaginación y de creatividad rompiendo con lo paradigmático del régimen de sensibilidad establecido y, de esta forma, encontrar nuevas poéticas y nuevas estéticas en cuerpos que desafían a la autoridad y cuestionan el estatus quo de un régimen opresivo, injusto y autoritario.

El arte se constituye, de esta forma, en un importante soporte para entender las formas y propósitos de la resistencia, como formas de vincular y visibilizar otros apoyos y de desnaturalizar otras realidades. De esta forma, la estética aleja sus propósitos de la belleza enclaustrada en la norma o las formas hegemónicas o elitistas, para llamar la atención sobre un sentido que les ha sido neutralizado y que se vinculan con propósitos activos.

Producciones, usos y manifestaciones que alteran la mirada, que la reconfiguran, que hacen de la vida un carnaval a pesar de la marginación, el hambre y el miedo. Espacios que obtienen otro sentido, uno más colectivo y más plural. Otras formas de informarse, de comunicarse, de encontrarse, en contra de las hegemonías discursivas y a favor de visibilizar lo que ha sido ocultado. Cuerpos que se encuentran en la desmesura, que fueron ultrajados, chocados, violentados, atacados, eliminados y que esperamos que, a dos años de los sucesos del “estallido” no pierdan sentido en la delgadez de la memoria.

Referencias

Benjamin, W. (1989). Discursos interrumpidos (Vol. 1). Madrid: Taurus.

Hine, C. (2011). Etnografía virtual. Editorial uoc.

Rancière, J. (2000). Le partage du sensible. París, La Fabrique

Rancière, J. (2008). Le spectateur émancipé. Paris, La Fabrique

Arcos Palma, R. J. (2009). La estética y su dimensión política según Jacques Rancière. *Nómadas*, (31), 139-155.